

estatuas y figuras huecas, metíase en ellas un hombre y fingía hablar en persona de aquel señor, cuya imagen y simulacro representaba, persuadiendo con sus palabras ser aquella sentencia del dicho señor difunto, a las cuales daban crédito los del común de la república y populares. Y dice más, que acaeció entrar dos españoles en una casa donde había una de estas estatuas, la cual dio un grito y dijo ciertas palabras, que por ventura debió de ser por atemorizar a los nuestros que dentro estaban; pero como los españoles no fácilmente se asombran de gritos de fantasmas fingidas, antes acometen y aguardan a las verdaderas, ni son tan simples que no cayesen muy presto en el engaño, llegóse a ella uno de ellos y dándole de el pie, la derribó y descubrió el secreto que dentro estaba. Este modo de embuste usaban de esta manera, que dentro de la casa que tenían por templo, y a un rincón de ella, había un hoyo y cierto espacio de lugar cubierto de ramas donde se metía y encubría la persona que hablaba; y ésta tenía una trompa, o cerbatana, que metía por lo hueco de la estatua y hablando por ella parecía en realidad de verdad que la misma estatua hablaba.

Dice más el almirante, que trabajó por saber si las gentes de esta isla tenían alguna seta que oliese a clara idolatría y que no la había podido comprender, habiendo puesto sumo cuidado por sí y por otro ermitaño, llamado fray Ramón, a quien tuvo algún tiempo entre los indios para enterarse en su intento y saber lo que deseaba y pretendía; y lo que más pudo alcanzar este dicho fray Ramón, fue que tenían algunos ídolos o estatuas de las referidas, que generalmente las llamaban cemi, de las cuales creían sus adoradores que recibían el agua, las mieses, los hijos y todas las demás cosas para la vida necesarias. Estas estatuas algunas eran de madera, otras de piedra y de otras materias.

CAPÍTULO XVIII. *Cómo erigían sus dioses estas gentes de estas islas; y cómo ha sido costumbre antigua del demonio hablar y darse a conocer en árboles y otras plantas a los hombres*



EL ORDEN QUE ESTOS NATURALES ISLEÑOS tenían para levantar y erigir nuevamente un dios y hablando más propiamente la astucia que el demonio tenía para introducir alguna nueva imagen en su pueblo, era ésta (según los mismos indios dicen):<sup>1</sup> que cuando algún indio iba camino, si acaso veía algún árbol, que con el viento se movía más que los otros, del cual movimiento el indio cobraba miedo, llegábase al árbol que se lo había causado y preguntábale quién era o qué quería. Y luego el demonio, que parecía hablar en el árbol, le respondía, llámame aquí a un *bohí-que* (que era sacerdote o sátrapa y hechicero) y él te dirá quien soy. Iba el indio luego por el dicho bohíque, y puesto con recato junto al árbol, y

<sup>1</sup> V. *infra* cap. 26.

sentado, hacía cierta ceremonia, y luego se levantaba y referíale las dignidades y títulos de los mayores señores que había en la isla, y luego le preguntaba: ¿Qué haces aquí? ¿Qué me quieres? ¿Para qué me mandaste llamar? Dime si quieres que te corte y lleve conmigo, y de qué manera quieres que te lleve, porque yo te haré una casa en que mores y una labranza de que comas. Entonces el demonio respondía por el árbol lo que quería y que lo cortase; y declarábale la manera cómo lo había de llevar y el modo de la casa que le había de hacer y la labranza que le había de labrar y cultivar. El bohíque cortaba el árbol y hacía de él una estatua o ídolo de mala y desacatada figura, llevábalo y hacíale casa y sementeras y con ciertas ceremonias, era cada año celebrado; al cual tenían recurso, como a oráculo, de quien sabían todas las cosas que pretendían y deseaban, así de mal como de bien; las cuales cosas este dicho bohíque las declaraba y decía después al pueblo.

Este modo de hablar el demonio, en árboles y otras formas, ha sido costumbre muy antigua suya para traer engañados a los míseros hombres, que pareciéndoles cosas prodigiosas los adoraban por divinos. Y uno, donde casi de ordinario ha guardado esta su engañosa costumbre, ha sido la encina, en la cual, según sentencia de graves autores, en especial de San Isidoro,<sup>2</sup> de ordinario daba sus respuestas hablando por ella a los hombres, pareciendo dar vida al palo y lengua al leño, ajeno de razón, y así era árbol consagrado a Júpiter (como en el libro de los templos decimos).<sup>3</sup> También el olmo fue árbol suyo y el terebinto, y por ellos hablaba y engañaba a los hombres, como por la encina; así lo afirma Filostrato y lo nota Genebrardo.<sup>4</sup> De manera que ha sido usanza y costumbre suya engañar hablando en árboles, unas veces para que los cortasen, y cortados se hiciesen figuras y retratos suyos; y otras para que estando hojosos y floridos le estimasen y reverenciase en aquella fresca; y así era la encina dedicada a Júpiter y a Berecintia; el laurel a Apolo; el arraihan a Venus; la yedra a Baco; el ciprés a Plutón y los otros dioses infernales; la oliva a Palas; la palma a la diosa Victoria; el pino a la madre de los dioses; la haya a Stupor; el álamo a Hércules, como lo dicen Plinio,<sup>5</sup> Claudiano,<sup>6</sup> Servio,<sup>7</sup> Celio Rodigino<sup>8</sup> y otros; y la razón sería, por más continuos en sus coloquios y razonamientos, con los hombres, en estos árboles que en otros.

Tenían otros dioses o imágenes de piedra, las cuales hacían entender estos sacerdotes al pueblo que los sacaban de los cuerpos de los enfermos, y eran estas piedras de tres maneras atribuyendo a cada una su prerrogativa y virtud. La una decían que favorecía las mieses y panes. La segunda aplicaban a los partos de las mujeres, para que en ellos no peligrasen y pariesen las criaturas sin riesgo. La tercera, decían serles favorables en los tem-

<sup>2</sup> Div. Isidor. lib. 7. Ethymol. cap. 7.

<sup>3</sup> Cap. 6.

<sup>4</sup> 1. Crónic.

<sup>5</sup> Plin. lib. 12. cap. 1.

<sup>6</sup> Claud. lib. 2. de Rapt. Pros.

<sup>7</sup> Serv. lib. 2. Aeneid.

<sup>8</sup> Cel. lib. 4. cap. 7.

porales, enviándoles aguas y buenos años. De manera que debían de ser como los dioses que los antiguos tenían, cuyo cargo era presidir cada uno en una cosa, aunque por razón de sentir más simple y rudamente de estas cosas, estas gentes debían de tratarlas con menos cuidado,

Cerca de estos cemies o dioses se jactaban los reyes y señores (y por ventura, la demás gente común con ellos, pues como dijo el otro poeta,<sup>9</sup> en un verso: El vario y voltario vulgo, fácilmente se mueve al gusto y parecer del príncipe) de tener mejores y más aventajados dioses que las otras provincias y naciones; lo cual fuera verdad si lo dijeran de Dios verdadero, como se dice en el *Deuteronomio*,<sup>10</sup> del pueblo de Israel, por estas palabras: No hay nación tal, ni tan buena, que tenga tales y tan buenos dioses como la nuestra, en tener a nuestro señor Dios; entendiendo estas palabras por el que crió el cielo y la tierra y es hacedor de todas las cosas. Y por la razón dicha vivían los indios con mucha vigilancia en guardarlos, temiendo que los otros pueblos convecinos se los hurtasen. Y puesto que este cuidado era grande en guardar los unos indios de otros, pero mucho mayor y sin comparación fue el que pusieron para que los españoles no los vieran (después que los conocieron) por el gran temor que les cobraron y recelo de que se los quitarían, como en realidad de verdad se los quitaban, como a gente idólatra y que negaba, con la idolatría, el verdadero culto a Dios debido. Y por esta causa no sólo cuando llegaban a sus pueblos, pero cuando sospechaban que habían de ir o iban, los escondían y llevaban a los montes, y aún allí les parecía que no los tenían seguros ni libres de sus manos.

CAPÍTULO XIX. *Que trata de los dioses Ometecuhlti y Umechihuatl, por otro nombre llamados Citlalatónac y Citlalicue, y de su lugar y asistencia, según lo sentían estos mexicanos*



ENTRE LOS DIOS QUE ESTOS CIEGOS MEXICANOS fingieron tener y ser mayores que otros, fueron dos; uno llamado Ometecuhlti, que quiere decir dos hidalgos o caballeros; y el otro llamaron Umechihuatl, que quiere decir dos mujeres; los cuales, por otros nombres, fueron llamados Citlalatónac, que quiere decir estrella que resplandece o resplandeciente; y el otro, Citlalicue, que quiere decir faldellín de la estrella; porque cueitl es una vestidura de que usan las mujeres de estas Indias, llamada de los nuestros nahuas, y son a manera del faldellín con que cubren sus carnes las mujeres, de el cual usan comúnmente. Estos dos dioses fingidos de esta gentilidad creían ser el uno hombre y el otro mujer; y como a dos naturalezas distintas y de distintos sexos las nombraban como por los nombres dichos parece. De estos dos dioses (o por mejor decir, demonios) tuvieron

<sup>9</sup> Claudian. de 4 Consulat. Honor.

<sup>10</sup> Deut. 4.